



LOS HÉROES CANSADOS: EL ALCANCE DE LA DESORIENTACIÓN DEL INTELLECTUAL CLÁSICO EN LA WEB

Enrique Ferrari Nieto

Universidad de Extremadura

eferrari@unex.es

Resumen

Cabe una nueva perspectiva en el cuestionamiento de la vigencia del intelectual clásico en las sociedades contemporáneas: Ante la tecnología digital, quienes han asumido el papel de intelectual han querido posicionarse, entrar en el debate, con una actitud a menudo reticente. Pero su reflexión ha sido superficial, sin una investigación rigurosa: o bien porque se han visto incapaces de ahondar más en un tema tan críptico, o bien porque prefieren mantener alejada, ninguneada, la amenaza, todavía latente, que les supone la edición digital. Con todo, el prestigio conseguido en otros campos les ha servido para erigirse en referencia principal para la opinión pública.

Palabras clave: Intelectual, TIC, edición digital, cultura.

The tired heroes: the impact of the disorientation of the intellectual on the web

Abstract

There is another perspective on the question of the validity of classical intellectual in contemporary societies: The intellectuals have adopted a reticent attitude to digital technology. Their works have been superficial, without a thorough investigation: Because they have not been able to understand a difficult topic. Or because they prefer to keep out the threat of digital editing, still latent. But the prestige gained in other areas has served to establish themselves as a primary reference for the public.

Keywords: Intellectual, information and communication technology, digital edition, culture.

Decía Sartre que los intelectuales se consideran a sí mismos una elite llamada a juzgar acerca de todo, algo que -reconocía él mismo- no son.¹ Con la tecnología digital no lo tienen fácil: es críptica, opaca, vertiginosa, con muchos frentes para pretender una perspectiva global, desde fuera, con la que abarcar todo el conjunto. Pero a la reflexión teórica y crítica de los trabajos específicos de los científicos, más concretos, los intelectuales –un término ya en desuso: el intelectual no académico de Russell Jacoby- han querido sumar también su lectura, una interpretación más amplia, más general. El problema es no su postura, casi siempre contraria, sino su enfoque, que es impreciso, y a menudo erróneo, porque les da pereza entrar a fondo en un campo tan vasto, y en continua transformación; les basta con asomarse, con orillar el planteamiento hacia alguna cuestión con la que puedan encontrarse más cómodos, dando por acabado el recorrido de la reflexión demasiado pronto. Con un alcance social tremendo, porque su repercusión en la opinión pública es mucho mayor que la de los especialistas: son sus observaciones –más que los análisis técnicos- las que orientan las valoraciones más comunes, más populares, sobre la tecnología digital. Les vale su prestigio logrado en otros campos. Aunque en este sean indigentes digitales.

1. Las flaquezas del intelectual

En 2010, en una entrevista desigual, hecha a bandazos, Umberto Eco, que en sus respuestas parece hastiado, o incómodo, o felizmente irresponsable, decide acabar con un último quiebro: «Odio a los deportistas, espero que se maten todos entre sí».² Como si quisiera provocar al periodista o al lector. Pero no tuvo ninguna repercusión. No tuvo ni que explicarse: reconocer el exceso o pedir disculpas. Como si se entendiera esto como una broma o una excentricidad o un desahogo comprensible, liberado un momento de su responsabilidad como semiólogo, y también como intelectual. No lo habría hecho con un tema más sensible. Pero aquí queda todo muy medido: con un tema marginal (al menos en la reflexión intelectual), para poder desatarse uno, para ser visceral, y al tiempo poco riguroso, escorando el asunto hasta hacerlo encajar en un argumento rebuscado o ingenioso. Como si fuera un juego que se le tolera sin más, y hasta resulta divertido. Pero que puede tener sus riesgos, como ha avisado ya Steiner: porque esas pausas con que la vida intelectual busca detenerse un momento pueden llevar, escribe, a la barbarie.³ Una cuestión que es temporal para Steiner, por la medida o periodicidad de los intervalos de desconexión; pero que puede calibrarse también por el propio tema para ese recreo: más o menos banal, más o menos próximo al eje de nuestra vida o de nuestro tiempo; y por la conciencia del intelectual de que ese tiempo es el de su recreo: que no ejerce entonces de intelectual, ni puede pretenderlo. Aunque este término es resbaladizo, difícil de perfilar. No se sabe bien qué es un intelectual, o al menos quién es un intelectual: si hay una escala para medirlo, o al menos un criterio para todos. Si ahora tiene solo un sentido peyorativo, despectivo. O un sentido histórico: y quedan fuera los personajes contemporáneos, obligados, con pocas excepciones, a centrarse en su especialización. Para Sartre el intelectual era el que se metía donde no le importaba: en principio una buena definición, para ese mínimo que debe ser común a todos; pero el intelectual actual es una referencia demasiado inestable, y controvertida: una cuestión abierta que genera todavía debate, sobre la legitimidad de la autoridad que aún le queda o que el propio intelectual se apropia, sin haber preguntado antes, para opinar de cualquier tema, aunque le sea tan lejano como este del deporte para Eco.

¹ Sartre (1987), p. 92.

² Cf. http://elpais.com/diario/2010/04/25/eps/1272176814_850215.html

³ Steiner (2006), p. 131.

Para el intelectual no hay una definición exacta que pueda servir de molde. El modelo anterior, para el intelectual que creció con la prensa y los medios de comunicación en los siglos XIX y XX, no sirve. Pero no hemos dado con su sustituto, o con un único modelo para sustituirlo, que herede de él su papel social, de facilitar una orientación. Queda un grupo heterogéneo en el que solo unos pocos se sienten cómodos con el término, con ese rol, como sucesores de los grandes intelectuales del pasado, más cerca de ellos que de la vates de la posmodernidad, en los que rechina cualquier pretensión de autoridad, para estos anacrónica y prepotente. No hay una divisoria clara para poder dar con una relación exhaustiva de intelectuales clásicos contemporáneos; solo una clasificación endeble, reconocible solo en los extremos: en sus paradigmas más marcados, que se miran frente a frente como en una antinomia, buscando la mayor distancia entre ellos, afirmándose cada uno en su oposición a la otra figura. El intelectual clásico: del lado de la autoridad, la escuela, la escritura, la realidad misma, que en el otro bando se desvanecen; y de una argumentación fuerte, muy apelmazada, atenta también a su alcance social: Para Ortega, con un planteamiento más ingenuo, porque enfrenta a la opinión común la *paradoxa*, la opinión verdadera,⁴ como si fuera un intruso que tiene que vivir en un exilio autoimpuesto, como se lo ha figurado Adorno;⁵ para Eco, o con la terminología de Eco, porque tiende a buscar su hueco en el lado de los apocalípticos, los que rechazan la novedad: cuando escribe en 1965 *Apocalípticos e integrados*, en su actitud con los medios de comunicación de masas; pero también con casi cualquier objeto de estudio, para lo que busca alejarse de los integrados, de la masa indiferenciada de los usuarios (que raramente teorizan). De hecho, el impacto que tuvieron los *mass media* es ahora el de la tecnología digital, el de Internet: para algunos un medio de masas más, aunque es completamente diferente, lo contrario, porque busca concretar la información para cada usuario, un servicio individualizado; pero en todo caso con una repercusión similar: con un impacto tremendo en la población pero que se asimila muy rápido: Internet incluso entre los intelectuales más distantes, aunque arremetan contra él. Hasta el punto de que al propio Eco ya no le convence tanto su distinción, o cree que ya no es posible en los mismos términos. En su libro de 1965 advertía que es propiamente el rechazo a los nuevos medios de comunicación lo que proporciona al apocalíptico la dicha de elevarse por encima de la banalidad media.⁶ Pero en los últimos años, después de casi medio siglo usando todos su dicotomía, él mismo ha querido matizar los extremos para la recepción de la tecnología digital: antes, dice, los apocalípticos criticaban y rechazaban esa comunicación de masas; hoy critican, pero son usuarios de Internet, critican desde dentro: Lo que, en principio (esto ya no es suyo), debería hacer más consistentes las objeciones.

Pero el exabrupto de Umberto Eco con los deportistas apunta otra dirección, también relevante: esos descuidos que echan por tierra el rigor que se le presupone al análisis del intelectual clásico. Con un tema popular, muy común, como este del deporte, cualquiera lo entiende como un descanso, una pausa, porque se reconoce bien que es un exceso querer que se maten entre sí los deportistas; pero cuando la referencia es un tema tan arduo, tan oscuro, como el de la tecnología digital, con un mecanismo difícil de comprender incluso para sus usuarios, su aura de intelectual, su ascendencia sobre la opinión pública, puede confundir a la gente. La reflexión puede ser precipitada, trivial, equivocada, una aberración, pero es asimilada con la misma credibilidad que sus trabajos anteriores, como si la confianza en su criterio no pudiera tener fisuras, una vez ganada. Lo que los convierte -más que a los especialistas de cada materia- en guías, en vías de acceso para conformarles a sus lectores la información y también la opinión sobre la novedad. Como esta de la tecnología digital: un tema de tanto impacto que muchos intelectuales han querido entrar en él, o mejor, asomarse a él, con una opinión atropellada, sin antes haberle dedicado el tiempo suficiente a conocerlo bien. Como si opinar de Internet fuera igual que hacer un comentario sobre el pádel, sobre cualquier trivialidad. Aunque solo sea por la suspicacia que despierta el diagnóstico de un intelectual que se sabe o debería saberse afectado por esta tecnología: porque el análisis superficial, incompleto, puede deberse solo a su ignorancia, a no haber sido

⁴ Ortega y Gasset (2004), t. IX, p. 196.

⁵ Una crítica a esta imagen excesiva: Cf. Said (1996), p. 67.

⁶ Eco (1993), pp. 28-29.

capaz de entrar en su complejo mecanismo técnico; pero también a intereses que prefieran mantener más o menos ocultos ante la revolución que ha empezado a desatar la edición digital: otra forma de deserción, con el término que empleó Ortega hace casi cien años.

Por tanto, a esta discusión más general sobre la supervivencia del intelectual se puede entrar también por la recepción que algunos de estos han dado a la tecnología digital. Quizá pueden relacionarse ambas cuestiones, intelectualidad e Internet, porque convergen, avanzada un poco la reflexión, en la difuminación del rol del intelectual clásico ante las posibilidades de edición y comunicación de la tecnología digital, abierta a todos. Hay que preguntarse por qué sus planteamientos sobre Internet, por lo general recelosos, no han buscado tanto la controversia como zanjar el debate, cercenarlo, con una pared falsa, sin apenas entrar en materia. Como si con un vistazo hubieran decidido que no les interesa o que no da más de sí, para ningunearla. O bien, como digo, por ignorancia, por no haber sabido entrar de lleno en la cuestión; o bien por no arriesgar su posición, que no quieren que cambie: Como si fueran héroes cansados, con cualquiera de las dos hipótesis: cansados para estudiar a fondo una realidad nueva, que desestiman en vez de lanzarse a ella; y cansados también para defender ese espacio único que ocupan, sin rehusar la batalla con la que les amenaza la edición digital.

2. Aproximaciones a la tecnología

La velocidad que ha tomado el desarrollo de la tecnología digital desde finales de los años 80 ha hecho difícil dotar a la informática de un entramado teórico sólido detrás, seguirle el paso con una reflexión de segundo nivel honda pero al tiempo vigilante, constantemente actualizada. Estas cavilaciones necesitan su tiempo, un reposo que los avances técnicos no contemplan para sí mismos. Pero con los años las distancias se han acortado: hay ya un camino hecho, muchos pasos dados, para arriesgarse con un planteamiento, aunque siempre sea un borrador, un ensayo que cuenta con los desmentidos del siguiente avance, o con la dirección imprevista de las próximas zancadas. En 2001, hace tiempo ya, Castells se quejaba de que no se entendía bien qué era Internet, más allá de los datos tecnológicos: que la investigación académica no había dado las respuestas que exigía tanto cambio, y ese espacio había sido ocupado por la ideología y el chismorreo.⁷ A menudo con posturas extremas: o un temor irracional, apocalíptico, o un entusiasmo incondicional, también irreflexivo, poco razonado. Como si Internet, la tecnología digital en su conjunto, fuera un todo apelmazado que, colocado en una balanza, se tuviera que inclinar de un lado o del otro para su análisis, indisolubles sus pros de sus contras en ese primer estadio de la reflexión que parece que se propone coartar los siguientes. Los estudios primerizos se asomaron con precaución, como reacción al determinismo tecnológico de ambos bandos (también de científicos: Jacques Ellul, Lewis Mumford, Langdon Winner...): matizando y relativizando esos diagnósticos y pronósticos tan viscerales. Aunque el impacto de los cambios colocaron a muchos en las trincheras: Una reacción que no era nueva, que repetía la que con la técnica había tenido buena parte de la filosofía del siglo XX, sobre todo con Heidegger, con esa trinchera metafísica en forma de aviso por la amenaza de que la técnica escapase del dominio del hombre. Que para los medios de comunicación desarrolla primero McLuhan (con la vuelta a lo tribal en la era eléctrica, con la aldea global) y luego Postman. Aunque no hace falta rastrear cada precedente (Platón mismo: con su *Fedro*, con esa medicina para el recuerdo, no para la memoria, que es la escritura). Basta con este último, con Neil Postman, discípulo de McLuhan, para testar ese temor a que el crecimiento sin control de la tecnología destruya las fuentes esenciales de la humanidad,⁸ a esa confrontación que preveía él entre la televisión y la escuela o los profesores, inscrita una tendencia ideológica en cada una de ellas, una manera de construir el mundo, de qué entender por saber o verdad: los

⁷ Castells (2001), p. 17.

⁸ Postman (1994), p. 10

modos nuevos, tan persuasivos, y los modos viejos, hasta entonces una autoridad, parte de ese monopolio del conocimiento que construye la imprenta. Escribe: «El medio ambiente en el que florece Tecnópolis es aquel en el que se ha cortado el vínculo entre la información y las necesidades humanas; es decir, la información aparece indiscriminadamente, dirigida a nadie en particular, en un volumen enorme, a velocidades muy altas y sin relación con ninguna teoría, sentido o necesidad».⁹ Como si no pudieran justificarse. Como si su uso o aceptación fuera algo irracional, pasional: ese temor que tuvieron también Huxley y Bradbury en sus ficciones: cuanto más persuasivo sea el medio, más peligroso será: el mecanismo perfecto para forzar la anti-utopía, un escenario futurista que se le ha ido al hombre de las manos. Después de todo, la cibernética, la relación del hombre con la máquina, viene del griego *kubernana*, dirigir, como ha querido recordar para su tesis, también catastrofista, Paul Virilio.¹⁰

El siglo XX, o la filosofía del siglo XX, desconfió de la técnica. Los grandes nombres optaron por recelar de ella: le construyeron una metafísica y pusieron distancia. Ortega y Gasset no: la entendió como simplemente la reforma que el hombre impone a la naturaleza para satisfacer sus necesidades, a pesar de su impacto enorme. Porque en vez de tener que adaptarse al medio, como cualquier otro animal, el hombre, dice Ortega, puede hacer lo contrario: adaptar a él el medio, la circunstancia.¹¹ De puro llena de posibilidades, la técnica es mera forma hueca, escribe en su «Meditación de la técnica».¹² Pero por ello mismo, advierte casi al tiempo en su *Diccionario enciclopédico abreviado*, es necesario no ser indiferentes o ingenuamente hostiles a ella: en las sociedades desarrolladas se ha vuelto la vida tan compleja que debe acudir a la técnica, a nuevas máquinas, ante la demanda de nuevos problemas.¹³ Actualizados los referentes: hay que poner a trabajar la tecnología digital ante el caudal inmenso de información de las sociedades actuales. En torno a 1990, con los primeros trabajos, todo era muy incipiente, todos se movían en arenas movedizas, para intentar colocar unos primeros andamios. Y hubo también aquí voces muy críticas, negativas. Pero en el ámbito académico se ha acabado imponiendo lo otro, en España con científicos tan relevantes como Castells o Echeverría, porque cuando ha habido detrás una investigación los datos han desmentido tantos cataclismos. Pero este miedo al desastre ha encontrado luego su espacio, un refugio, en la opinión pública, en la prensa y en reflexiones menos documentadas, solo con las experiencias de cada uno, como usuario, o ni eso. Exactamente lo que escribió Broncano en sus *Mundos artificiales*: «Lo fácil que es la manipulación del miedo y del deseo y lo difícil que es la reflexión sensata acerca de las posibilidades y las alternativas tecnológicas. Hay una moralina pretecnológica y una moralina antitecnológica. Las dos son gratis, son otros los que pagan los costos: los riesgos y las oportunidades perdidas. Es desesperante tener que recordar que la tecnología no es otra cosa que la transformación colectiva de la realidad, que no se transforma *hacia* ningún lugar, hacia ningún sitio perfecto, sino *desde* este tiempo y lugar y desde este mundo imperfecto. Y que lo hacen seres imperfectos, que tienen que ir aprendiendo sobre la marcha, aprovechando los muchos errores y los ocasionales aciertos».¹⁴

Internet lo abarca todo: son muchos frentes para atacarlos todos a un tiempo: con la psicología, la sociología, la política, la pedagogía... Al principio incluso con la ontología o la metafísica: con la virtualidad de sus conte-

⁹ *Ibid.*, p. 95

¹⁰ Virilio (1997), pp. 34-35

¹¹ Ortega y Gasset (2004), t. V, p. 324.

¹² Ortega y Gasset (2004), t. V, p. 596. Escribe: «De puro llena de posibilidades, la técnica es mera forma hueca –como la lógica más formalista–; es incapaz de determinar el contenido de la vida.»

¹³ Ortega y Gasset (2004), t. V, p. 637. Escribe: «El antimaquinismo es pura fraseología y beatería. El hombre es el animal maquinista y no hay nada que hacer. Y está bien que sea eso que es. Lo que hace falta es que invente las nuevas máquinas que demandan los nuevos problemas y conflictos en que cae. Y ahora nos encontramos ante una nueva necesidad: las máquinas son tantas y tan complicadas que hace falta una máquina para manejar las demás.»

¹⁴ Broncano (2000), p. 11.

nidos como la condición determinante, con la reflexión alimentada por la ciencia ficción.¹⁵ Pero es en torno al conocimiento donde mira ahora la opinión pública, como el primer paso, reconducido el debate. Con un término, un neologismo peyorativo, que ha tenido un relativo éxito: la infosaturación. En inglés: *information overload*, con el término que acuñó Alvin Toffler en 1970, en su *Future Shock*, o, un poco antes que él, en 1964, Bertram Gross, en *The Managing of Organizations*. El exceso de información que llega a saturar, para los detractores de Internet. Como si fuera Internet el responsable de esa información, de ese contenido. Dándole todo el protagonismo al medio. Aunque el temor es muy anterior: basta rastrear, por ejemplo, cuántos escritores, como Borges, han soñado con bibliotecas enteras ardiendo, para quitarse de encima el peso enorme de la cultura asumida o, al menos, heredada, recibida. Castells ya lo ha explicado, para dejar cada cosa en su sitio, como si retomara la idea anterior de Ortega: Internet (o la informática) no es el que ha generado ese contenido. Ha sido nuestra sociedad, que ha multiplicado el conocimiento: con un nuevo modo de organización social (decía Weber que, a diferencia de nuestros antepasados, nosotros no nos vamos a poder morir saciados de vida). La tecnología digital -para la información y la comunicación- es solo la herramienta, la solución, hecha a la medida, para poder canalizarlo: Un punto de partida bastante asentado ya en la investigación teórica de la filosofía o de la sociología, o en la propiamente técnica. Pero quizá con poco gancho para otros foros de debate, en los que cuesta más renunciar a la envidia de la ciencia ficción para ponerse a escribir, con la utopía o la antiutopía casi al alcance de las manos: En las discusiones de los charlatanes, los que hablan sin sustancia, confundiendo todo. Pero también en las tribunas de intelectuales reputados, a los que se les escucha, porque tienen un crédito bien ganado en su campo, casi un aura de infalibilidad, aunque en el de la tecnología digital se mueven con nociones muy precarias, muy débiles, a las que no han dedicado demasiado tiempo. Lo que señaló Sartre: han adquirido alguna notoriedad por trabajos que revelan inteligencia, y *abusan* de esa notoriedad para salir de su ámbito.¹⁶ Como si lo que quisieran, en el mejor de los casos, fuera el barrido de una parcela más de la realidad para cumplir el expediente y olvidarse de ella. Como si entendieran su reflexión, por lo general, como un punto final, con el reconocimiento distante de la revolución que está en marcha, pero descartando Internet como un nuevo hogar para ellos, para la cultura, o el saber, más atentos a lo que pierden que a lo que ganan.

Conservan de sus lectores el respeto por sus opiniones, un cheque en blanco, pero son, con el término de Nicholas Negroponte, indigentes digitales: No son capaces de ver claro, confundidos con una tecnología que para ellos ha llegado demasiado tarde: sin ganas de remangarse, todo demasiado opaco para ellos, demasiado extraño. Son los héroes cansados. El traje de intelectual les gustaba, y les sentaba bien, lo llenaban, encantados de escurrirse en seguida de su campo específico. Se quejaban por las desdichas del intelectual, su ninguneo, su poca influencia; pero era el paripé de siempre, la tradición asumida, la recreación teatralizada, fingida, de esa impotencia que ha ido siempre de la mano del que quiere imponerse a los demás, porque la acogida nunca le parece suficiente. Pero de pronto todo ha cambiado muy rápido, y a ellos los ha pillado (paradójicamente) desprevenidos, mayores, cumpliendo con el papel que les ha costado años y esfuerzos conseguir, pero cansados para una reválida: No han sido educados en la tecnología digital y no han querido o se han visto incapaces de aprender luego. Con lo que su justificación para ese rechazo, con todas las pegadas que le han buscado, es solo opiniones catastrofistas que han querido hacer pasar por una investigación rigurosa: un trampantojo para ocultar su desidia o su temor por la pérdida de su posición privilegiada. Como si su argumento fuera menos racional que el disfraz que han querido ponerle, para convertirlo en el aval científico de su repulsa, de su intento de convencer a la opinión pública no de que Internet tiene un lado oscuro -lo que podría ser una aportación interesante- sino de que es un experimento frustrado que no merece tanta atención. Como si esa imposibilidad que entienden que existe para hacerse uno un juicio en las inmensidades de Internet -esa balcanización del conocimiento de Eco- fuera el dogma capaz de pararlo todo: de dejar fuera la suma de posibilidades de la tecnología digital. Porque en su análisis apresurado a Internet lo creen responsable de

¹⁵ Cf. Ferrari (2011), pp. 157-178.

¹⁶ Sartre (1987), pp. 93-94.

todo, no solo el canal, solo un elemento más en esta confluencia, quizá el que la hace posible, pero no el que la ha causado. Como si se generaran dentro de él los datos (los correctos y los falsos, los relevantes y los banales), en lugar de solo transmitirlos y guardarlos.

Son, a un tiempo, héroes e indigentes digitales, pero el alcance de su desorientación con Internet lo marca el cansancio, su apatía con la tecnología digital, esos tanteos lejanos, por su mala predisposición y su interés escaso. Los suyos son análisis superficiales e ingenuos que interrumpen en una fase todavía inicial, en el umbral, como si el debate pudiera quedarse ahí. Como si lo suyo -vuelvo a esta imagen- fuera poner una pared falsa para hacer del problema de manejarse con tanta información (tan dispar y tan embarullada) el único espacio del debate, sin solución de continuidad, encogiendo sus dimensiones reales. Apenas saben de qué están hablando, como los charlatanes, pero el prestigio ganado en otros campos los hace influyentes, una autoridad también aquí, al menos para delimitar el problema: Un perjuicio mayor que el que pudieran producir sus valoraciones negativas, porque corta (negándole ese espacio) una reflexión de más alcance sobre la tecnología digital como cauce en la sociedad del conocimiento. Como si ese tabique falso, colocado poco después de la entrada, quisiera obligarnos a quedarnos ahí, discutiendo sin apenas elementos para el análisis, al ignorar los salones pero también las mazmorras de un edificio enorme.

Ese umbral que no traspasan estos intelectuales clásicos contemporáneos son las vueltas que le dan a cómo gestionar tanta información: la confusión entre la información que es relevante y la que no lo es, la dificultad real para encontrar lo buscado, la banalización que supone una cultura que llaman del espectáculo, vertiginosa, de constantes relevos por el lenguaje hipertextual, que no afianza nada... El riesgo, en definitiva, de naufragar, dicen, estirando la metáfora convertida ya en catacresis para la web: moverse en Internet, ir de un sitio web a otro, se ha llamado en castellano *navegar*, una tentación irresistible para, desde ahí, ir a buscar en Ulises la imagen del usuario, para mostrarlo perdido y al final naufragio: la entrada a una argumentación sobre las dificultades, que no pretende llegar a resolver, como si no tuvieran solución posible, como en un naufragio. Lo que, como un comienzo, puede tolerarse, pero nada más: Porque el juego con las metáforas no sustituye a la reflexión con los datos. No se puede abusar de la generosidad del ensayo, al omitir todo el aparato erudito, que desconocen, y hasta hacen ostentación de desconocer.

En España Javier Marías, por ejemplo: uno de los más reacios, o que más reivindicaron su reacción contraria al principio, hasta convertirse en el paradigma: sin ningún reparo para hacer un diagnóstico después de unos pocos minutos ante Internet: *por primera vez en mi vida o casi*, escribe. Para él suficiente: «Me quedé admirado de que en la Red existan datos sobre todo lo habido y por haber, aunque demasiados no sean de fiar o estén equivocados. Es decir, aquello parece una enciclopedia de vastedad incomparable, pero de calidad muy dudosa y variable», escribió en 2008.¹⁷ Una crítica razonable, casi obvia, pero vaga, y derrotista, que no busca ponerle remedio al problema: la del que se rinde complacidamente a cambio de un territorio minúsculo en el que sentirse a salvo, con su máquina de escribir y su papel. En otro texto posterior, en una charla con Umberto Eco (los dos intelectuales reunidos por un periódico), vuelve a lo mismo: a que hay un exceso de información que *quizás* impide saber, porque no hay tiempo para ocuparse de todo, sin un filtro ni un criterio: El umbral, pero nada más: Una incursión sensata pero perezosa, que quiere parecer resolutive, pero es solo un comentario desde fuera: la amenaza general del determinismo tecnológico enfocada en la imposibilidad del hombre de hacerse con las riendas de la información.¹⁸ De hecho, queda un paso por detrás de Tomás

¹⁷ Cf. http://elpais.com/diario/2008/12/14/eps/1229239608_850215.html

¹⁸ Una objeción a la que desde el principio Javier Echeverría (1999, p. 269): «Muchas personas temen la sobreabundancia de información en Internet. Si midiéramos en bits la información que hay en las calles de una metrópolis cualquiera, o simplemente en un paisaje natural, comprobaríamos que también en esos escenarios hay cantidades ingentes de bits de información, lo que les ocurre a los seres humanos es que, conforme se van adaptando a dichos escenarios, van desarrollando *filtros informacionales* (palabras, imágenes, logotipos, conceptos) que les permiten seleccionar rápidamente aquello que les interesa y lo que no. otro tanto ocurre en el *tercer paisaje*.»

Maldonado, al que Marías podría haber leído, porque con su *Crítica de la razón informática*, escrita diez años antes, centró su tesis (su sospecha) en la distinción entre la posibilidad de un libre acceso a tanta información, esa capacidad teórica de la tecnología digital, y la probabilidad, en palabras suyas, de ese acceso: el acceso efectivo, con otras restricciones subjetivas no contempladas de las que, también él, un tanto arbitrariamente, injustificadamente, responsabilizaba a Internet. Como si ese potencial, que él ya reconocía, no pudiera en ningún caso llegar a desarrollarse: «No se *busca* sin saber qué se quiere encontrar y dónde encontrarlo. Lo cual, en los hechos, trae aparejada la elección de determinados objetivos e itinerarios y la consiguiente renuncia a otros», escribe.¹⁹ Preocupado, como tantos otros, porque el paso de la indigencia a la opulencia informativa no suponga, después de todo, ningún cambio, más que una forma más sofisticada de control social, en la bifurcación política del problema: como si esa cantidad ingente de información pudiera producir en los usuarios, en los ciudadanos, desinterés y hasta intolerancia.²⁰ Una observación que, como la de otros tantos, puede ser pertinente, pero que Maldonado enfocaba solo a una de sus caras, con una actitud que parece también derrotista, como si se negara a entrar del todo en el juego para evaluar también sus ventajas, como si desde el principio renunciara a una actitud más ponderada.

3. El último: Vargas Llosa, con *La civilización del espectáculo*

La nuestra es una época de transición. De traspaso de poderes. Todavía nos movemos por procedimientos, hábitos y valores vinculados a la tecnología de la impresión, como han escrito González Quirós y Gherab.²¹ Pero los cambios están en marcha. Y para muchos es inevitable ya la nostalgia, o los primeros síntomas de una nostalgia anunciada que se les aparece como insoportable, con la pérdida de un mundo que los ha tratado bien, en la cultura haciéndoles un hueco en el espacio minúsculo que permite la edición en papel. Vargas Llosa ha publicado en abril de 2012 *La civilización del espectáculo*, que considera el diagnóstico del final de una era. Lo ve todo frívolo, sin contenido, sin valores, sin una guía. Con una cultura que no es la que había en nuestro pasado inmediato, que pivotaba en torno al libro, sujeta en todo momento por una élite de intelectuales que asumieron la responsabilidad de indicar el camino. Una cultura que él llama del espectáculo (nada que ver con Debord): causada por su democratización, bien intencionada al principio, pero que ha producido, escribe, el indeseado efecto de trivializar y adocenar la vida cultural, por el facilismo formal y la superficialidad del contenido a los que se ha obligado a una cultura que debe llegar a cualquiera, al mayor número de personas. Al desaparecer la alta cultura, al masificarse la propia idea de cultura, esta ha desaparecido: todo es cultura y nada es cultura, dice, porque, obligada a ser ante todo entretenimiento, se ha banalizado, se ha vuelto frívola.

Vargas Llosa escribe a un tiempo las causas y las consecuencias, desbordado por el tema, por tantos flecos que asoman inmediatamente de su tesis inicial, pero que solo apunta. De la tecnología digital escribe poco: unas páginas sobre el libro electrónico y un artículo que recicla sobre Internet, publicado a mediados de 2011, en el que glosa a Nicholas Carr: «Más información, menos conocimiento». Dos apéndices que le sirven de contrapunto, de antagonista, porque en su reclamo de una cultura sería enraíza la cultura pasada al libro de papel para poder precisar, apuntalar mejor, la dicotomía que sostiene su argumento, a la fuerza impreciso, demasiado etéreo, como la propia cultura: Puede representar la división entre la vieja y la nueva cultura, un tópico ya un tanto rancio, con una bifurcación nueva que nace de los materiales, más que de los objetos: el libro de papel frente a ambos: al libro electrónico, por la pantalla del *e-reader*, y al ordenador. Se parecen poco las pantallas de uno y otro, pero el postulado de Vargas Llosa necesita de estas premisas más gruesas:

¹⁹ Maldonado (1998), pp. 19-20.

²⁰ *Ibid.*, pp. 99-100.

²¹ González Quirós y Gherab (2006), p. 9.

La pantalla, sea como sea, impide la concentración, dice, lo que nos lleva al espectáculo, a la trivialidad de lo que solo busca divertir: sin exigirle demasiado al espectador; ni tampoco al escritor, porque, dice, la inmaterialidad del libro electrónico se contagiará a su contenido;²² aunque su argumento central aquí (que comparte con Vicente Molina Foix) es fundamentalmente erótico, sensual, ante el poco placer táctil que le encuentra a los nuevos dispositivos electrónicos. Para Internet acude a (las primeras páginas de) *Superficiales*, de Nicho- las Carr, a su descubrimiento de que había dejado de ser un buen lector, lo que lo alejó (temporalmente) de la informática. Y con este a McLuhan. Para darle el protagonismo de tanta información solo al medio. Escribe: «Acostumbrados a picotear información en sus computadoras, sin tener necesidad de hacer prolongados esfuerzos de concentración, han ido perdiendo el hábito y hasta la facultad de hacerlo, y han sido condiciona- dos para contentarse con ese mariposeo cognitivo a que los acostumbra la Red, con sus infinitas conexiones y saltos hacia añadidos y complementos, de modo que han quedado en cierta forma vacunados contra el tipo de atención, reflexión, paciencia y prolongado abandono a aquello que se lee, y que es la única manera de leer, gozando, la gran literatura. Pero no creo que sea solo la literatura a la que el Internet vuelve superflua: toda obra de creación gratuita, no subordinada a la utilización pragmática, queda fuera del tipo de conocimiento y cultura que propicia la Web.»²³ Otro argumento apocalíptico: nos quedamos sin memoria, sin concentración y sin el fetichismo del libro. Una opinión más: la *paradoxa* que pedía Ortega al intelectual.

Pero que aquí solo nos interesa por la hondura de su reflexión, por el trabajo de albañilería intelectual que hay debajo del lamento. Bastan unas notas: Para el libro electrónico, comienza su explicación con un «No tengo cómo demostrarlo, pero sospecho...»²⁴ Para Internet, sobre las tesis de Carr que él asume: «Yo carezco de los conocimientos neurológicos y de informática para juzgar hasta qué punto son confiables las pruebas y experimentos científicos que describe en su libro. Pero este me da la impresión de ser riguroso y sensato.»²⁵ El análisis serio de pronto se reconoce como sospechas e impresiones. Como si en el momento de coser el argumento quisiera ser más precavido, porque sabe que son arenas movedizas para él, pero una vez hecho se viniera arriba, con las conclusiones como puñetazos en la mesa de un intelectual nostálgico, como un mo- do de autoafirmación, o de proselitismo, o de generar polémica, más ruido, encantado de ahogarse en un vaso de agua. Incorpora el libro electrónico e Internet en su diagnóstico de la cultura actual, del espectáculo, pero entran forzados, al final, comprimida y más torpe la reflexión, en un ejercicio que es casi de funambulismo, sin suelo. En el que amontona con poco orden los efectos sobre el contenido mismo del producto cultural, del que apenas puede escribir nada (solo una referencia al lenguaje hipertextual), y los efectos sobre su re- cepción, en que se explaya más, con una sociología de la cultura, como si fueran círculos concéntricos, hasta llegar al final de librerías, bibliotecas, editores, agentes literarios, correctores y distribuidores;²⁶ aunque deja fuera -para esa misma sociología- una reflexión sobre la edición digital: lo que le reprocha Jorge Volpi: un análisis de esa nueva relación con el poder cultural, esa transformación radical en la transmisión del conoci- miento.

Con esa pared falsa que levanta impide, incluso, ahondar en la dirección que propone, en esas mismas obje- ciones que también han sugerido -solo eso- otros intelectuales clásicos. Para la teoría cabe la otra perspecti- va, la de los integrados, la de autores como Pierre Lévy, o Kerkhove, o Jenkins, por ejemplo, que entienden ese volumen de datos como un incentivo que permite el desarrollo de la inteligencia colectiva, o conectada, de la cultura participativa, precisamente por esa imposibilidad de gestionar tanta información uno solo. En la práctica, esa confusión que para Vargas Llosa es el exceso de información ha quedado resuelta en alguna medida con los buscadores, que él parece que no conoce o desecha sin más, aunque sean elementos muy

²² Vargas Llosa (2012), p. 205.

²³ Vargas Llosa (2012), p. 211.

²⁴ *Ibid.*, p. 205.

²⁵ *Ibid.*, p. 212.

²⁶ *Ibid.*, p. 205.

populares en Internet.²⁷ Se queda en la desorientación que genera en el usuario la redundancia de información, sin una referencia al soporte tecnológico, a las aplicaciones que intentan resolverlo. Pero detrás de esa tapia levantada demasiado pronto, o demasiado cerca, hay espacio también para los reparos, para el análisis exhaustivo de las amenazas, por ejemplo: por el mecanismo informático del buscador y las contraprestaciones que puede cobrarse por sus servicios. Google, el más utilizado, utiliza un algoritmo de indexación de Internet, el PageRank (basado en las fórmulas desarrolladas por Andrej Andreevic Markov para calcular la importancia de los nodos en una red, pero con modificaciones que se desconocen), que explota las conexiones asociadas a cada página para determinar su valor: Según sus creadores, Sergey Brin y Larry Page, funciona como un instrumento democrático que ordena las búsquedas de los usuarios. Pero sus detractores no lo tienen tan claro: No se creen que la tecnología sea neutral, que el orden de las búsquedas responda exactamente a los criterios señalados, con tanta transparencia; lo que debería activar las alertas, porque el usuario, al delegar en la aplicación sus búsquedas en la web, pierde interés por el proceso tecnológico, se fía de él, de su selección de páginas web, y del orden de las mismas, sin llegar a preguntarse qué hay detrás,²⁸ cómo funcionan el *spider*, las bases de datos y el algoritmo del buscador: una democracia que, en cualquier caso, está filtrada por la tecnología,²⁹ con un potencial enorme para convertirse también en el Panopticon de Bentham, controlándolo todo.³⁰

4. Las nuevas reglas del juego de la edición digital

A Vargas Llosa le contestó en seguida Jorge Volpi,³¹ y a este César Antonio Molina.³² Volpi lo llamó el último de los mohicanos, porque entiende que su diagnóstico del final de una era es en realidad el del fin de los intelectuales como él: esa aristocracia que se encontraba cómoda guiando a los demás, cuando se dejaban. El mexicano no lo menciona en su artículo, pero Vargas Llosa se había referido a él en *La civilización del espectáculo* como uno de los defensores del libro electrónico, por su capacidad para abaratar el precio del libro y, con ello, de llegar a más gente; pero incapaz de ver lo que podía haber detrás, con los peligros inherentes a la pantalla.³³ Ese tema queda fuera de la réplica. Pero lo reincorpora luego César Antonio Molina cuando entiende que debe salir en ayuda del Nobel, al repasar exhaustivamente ambos textos. Le reprocha a Volpi el desprecio que le muestra a Vargas Llosa y, con este, a su mundo, como si la polémica se volviera de pronto una recreación de la querrela entre antiguos y modernos, a favor o en contra de la cultura clásica. Busca el centro de gravedad de la discusión en el pasado, no en el futuro: en el reconocimiento al libro de papel, en el homenaje que se merece, aunque sea sustituido pronto (cuestión en la que no entra); para lo que acude a la fuente, a «Réquiem por el papel»,³⁴ el artículo de Volpi de octubre de 2011 que lo desencadena todo, con sus seis razones para preferir el libro electrónico, que ya fue contestado en su momento por Vicente Molina-Foix.³⁵ El ensayo de Vargas Llosa está escrito deprisa, como un desahogo, mejor que un análisis. Sobre todo los capítulos sobre el libro electrónico e Internet. Pero sus opiniones, también en estas cuestiones últimas, han tenido más repercusión que cualquier estudio académico sobre el tema, encadenando nuevas opiniones

²⁷ Carr incluso le dedica un capítulo en su libro.

²⁸ Ippolita (2010), pp. 45-46.

²⁹ *Ibid.*, p. 12.

³⁰ Cf. Maldonado (1998), p. 32.

³¹ Cf. http://elpais.com/elpais/2012/04/18/opinion/1334759323_081415.html

³² Cf. http://elpais.com/elpais/2012/05/28/opinion/1338217712_165562.html

³³ Vargas Llosa (2012), pp. 204-207.

³⁴ Cf. http://elpais.com/diario/2011/10/15/opinion/1318629612_850215.html

³⁵ Cf. http://elpais.com/diario/2011/12/03/opinion/1322866804_850215.html

de otros intelectuales, que entienden el problema como una antítesis: o el papel o la pantalla, derivándolo en seguida a algunas de sus posibles consecuencias: la piratería o el desmoronamiento de la industria editorial o la pérdida de placer en la experiencia de la lectura, por ejemplo; pero todas ellas motivadas por la nostalgia por la futura pérdida, más que por un interés intelectual por entender el proceso. Los comentarios arrancan de una declaración de amor, con lo que no creen necesitar tanto recorrido para el análisis.

De haberlo creído necesario, le habrían dedicado más tiempo a la edición digital, cómo se desenvuelve en la dinámica de la cultura, cómo acerca, de un modo más evidente, lo profano, hasta convertirlo también en un producto cultural, sin las limitaciones, más nítidas, pero también más artificiales, de la edición en papel. Pero les pesa todavía la comprensión del libro como metonimia del texto, confundiendo uno y otro, como si fueran lo mismo, dándole un protagonismo excesivo, que no le corresponde: casi un fetiche de la civilización. El propio Carr, en *Superficiales*, traza la historia de la escritura, en la que el libro de papel es solo un capítulo más, hasta hace poco el último, después de las tablas de cera, el papiro y el pergamino, en rollos o ya en códices, mejor que cualquiera de sus predecesores, porque puede contener más información en menos espacio, con un coste menor;³⁶ pero solo eso: un estadio más; no necesariamente el que tiene que cerrar el proceso si la técnica o la tecnología hace posible otro modo mejor de almacenar información. Pero estos intelectuales prefieren parar ahí, que nos quedemos con el libro de papel como si hubiéramos encontrado el santo grial, imposible de mejorar. Han desarrollado el síndrome del amish, del que decide estancarse en un momento dado y dar la espalda a los nuevos avances, sin siquiera una evaluación rigurosa. O porque entienden que con el libro hemos dado con la estructura más natural, la más adecuada a nuestra forma de pensar.³⁷ O porque entienden que ese formato para el texto que ahora peligraba es lo que ha permitido desarrollar la cultura: los valores inherentes al libro son los que han construido la civilización.³⁸ Pero con sus quejas, con ese acento en los posibles riesgos, centrados en el exceso de información, parecen ocultar una realidad más primaria: quieren el libro porque es lo que conocen, lo que han conocido siempre, con lo que se sienten más cómodos; porque con el sistema de edición en papel, además, les ha ido bien. Todo cambio levanta suspicacias. Aunque mirados con perspectiva, los ataques a la edición digital son los mismos que recibió el libro impreso, porque avanza en el mismo sentido, con los costes y la manejabilidad. De hecho, con las primeras imprentas el miedo de los regímenes más conservadores no vino de los libros, o no principalmente, sino de los periódicos, de los panfletos, de cualquier texto breve, porque se preparaban rápidamente, y eran baratos y de efecto inmediato: al contrario que los libros, lo mismo que Internet, con esa transmisión epidémica, de orden viral.

Con el abaratamiento de la edición, cualquiera puede publicar lo que escribe, lo que genera una sobreabundancia de textos, no siempre de calidad, porque se pierde también la criba que impone el coste de la edición

³⁶ Carr (2011), pp. 78-100.

³⁷ Carr mismo defiende lo contrario (pp. 84-85): «Leer un libro significaba practicar un proceso antinatural de pensamiento que exigía atención sostenida, ininterrumpida, a un solo objeto estático. [...] Tuvieron que entrenar su cerebro para que hiciese caso omiso de todo cuanto sucedía a su alrededor, resistir la tentación de permitir que su enfoque pasara de una señal sensorial a otra. Tuvieron que forjar o reforzar los enlaces neuronales necesarios para contrarrestar su distracción instintiva, aplicando un mayor “control de arriba a abajo sobre su atención”. “La capacidad de concentrarse en una sola tarea relativamente sin interrupciones”, escribe Vaughan Bell, psicólogo del King’s College de Londres, representa “una anomalía en la historia de nuestro desarrollo psicológico”»

³⁸ Escribe Vargas Llosa (2012, p. 205): «No tengo cómo demostrarlo, pero sospecho que cuando los escritores escriban literatura virtual no escribirán de la misma manera que han venido haciéndolo hasta ahora en pos de la materialización de sus escritos en ese objeto concreto, táctil y durable que es (o nos parece ser) el libro. Algo de la inmaterialidad del libro electrónico se contagiará a su contenido, como le ocurre a esa literatura desmañada, sin orden ni sintaxis, hecha de apócopes y jerga, a veces indescifrable, que domina en el mundo de los blogs, el Twitter, el Facebook y demás sistemas de comunicación a través de la Red, como si sus autores, al usar para expresarse ese simulacro que es el orden digital, se sintieran liberados de toda exigencia formal y autorizados a atropellar la gramática, la sindéresis y los principios más elementales de la corrección lingüística.»

de papel. Es una consecuencia más. Una indeseable. Pero algunos han querido centrar la cuestión ahí, como si fuera excepcional, cuando lo cierto es que repite los mismos efectos que tuvo la imprenta en el siglo XVII. Lo que recoge también Nicholas Carr en su repaso histórico: junto a los trabajos más valiosos, dice, llegaron también las novelas chabacanas, temas escabrosos, propaganda y, por supuesto, pornografía, que encontraron rápidos compradores. Escribe: «Sacerdotes y políticos comenzaron a preguntarse si, como dijo en 1660 el primer censor oficial de libros que hubo en Inglaterra, “esta invención de la tipografía no habrá traído más daño que beneficio a la cristiandad” .»³⁹ La diferencia es la pérdida de la metonimia: sin la calidad de los materiales de la edición en papel (y sin conocerse todavía las cartas de cada uno en la edición digital) es más difícil medir con antelación la calidad del contenido, prever el valor del texto con solo un vistazo. *Pulp fiction*, en inglés, hace mención al papel, más barato, de las revistas populares, que, con su traslación al contenido, indicaba la calidad también menor de las historietas que publicaban. En los formatos electrónicos falta esa referencia física. Hay que ir al propio texto, a la ingente cantidad de textos, todos sin clasificar a priori, en una amalgama que a muchos les puede parecer hostil, menos acogedora que los estantes de las bibliotecas y las librerías.

Pero con la tesis de Boris Groys, o estirando la tesis de Boris Groys, Internet no sería responsable de haber abierto esas compuertas de la cultura, como si fuera una presa, ni de la merma de la calidad del contenido de la información, por caber todo en la red, mezclándose lo que antes era alta y baja cultura. Solo evidencia, o facilita, el movimiento propio de la economía cultural. En *Sobre lo nuevo. Ensayo de una economía cultural* Groys observa el cambio estructural de la cultura a partir de los mecanismos de archivo que permite la tecnología: cuáles son las reglas que determinan el funcionamiento de la cultura, con la generación constante de nuevos productos, en un tiempo en que la tecnología digital -todavía incipiente cuando escribe el libro- ofrece una capacidad extraordinaria para acumular datos: cómo de pronto se alteran las condiciones que se les exige a las nuevas ideas para ser asimiladas. Para, desde ahí, escarbando en las consecuencias, reflexionar sobre la tensión del diálogo entre la cultura y el espacio profano: lo que no es considerado cultura, pero que genera los movimientos culturales al funcionar como reserva de nuevos valores. Entiende que en el pasado (en una sociedad menos tecnológica) se buscaba lo que no pudiera ser relativizado con el paso del tiempo, para perpetuar o alargar lo más posible su vigencia, su permanencia en ese espacio tan reducido de la memoria colectiva; pero en una cultura técnicamente archivada, sin problemas de espacio, ya no se pretende una influencia decisiva: al que crea un nuevo producto (una nueva idea) le basta con que sea reconocido como original para que se le archive, y quede perpetuado. Le basta con extraer de ese espacio profano un elemento y articularlo en la memoria cultural, porque el archivo es neutro: no va a evaluarlo, solo a tasar su originalidad. Pero Groys hace una primera incisión: Ese principio que propicia la superación de la ruptura entre la cultura y lo profano no debe buscarse en lo profano, como se ha hecho hasta ahora, sino al revés: Es la cultura la que se ha extendido en el espacio profano que la rodea. Le cambia el sentido a la relación que se establece entre ambos: los cambios culturales no hay que buscarlos en el exterior, en lo otro, en lo nuevo, sino al contrario, dice, en el propio mecanismo de la cultura, cuya lógica interna determina lo otro, lo que está todavía fuera: porque lo nuevo lo es en relación con el archivo. Antes lo nuevo se entendía como la superación de la ruptura entre la cultura y el espacio profano, como un principio que trascendiera a ambos; pero ese principio se buscaba en lo profano, no en la cultura: «ese principio debía estar incluso más oculto y reprimido que lo profano mismo, y ser más insignificante aún que lo profano», escribe Groys.⁴⁰ Confiaban que lo profano acabara devorando esa *pequeña isla artificial y limitada de la privilegiada cultura tradicional*; pero ha sucedido lo contrario: que la cultura normativa comenzó a extenderse muy rápidamente por el espacio profano que la rodeaba, que lo profano ha sido integrado en la memoria cultural. Para Groys: «No es que la cultura se haya acabado: es que lo profano ha desaparecido. No es que la cultura se nos haya mostrado como una isla de privilegios custodiada por los poderes dominantes, sino que lo profano ha pedido asilo y protección en esa

³⁹ Carr (2011), pp. 92-93.

⁴⁰ Groys (2005), p. 128.

isla.»⁴¹ No se equipara la cultura valorizada y el espacio profano, como si esa cultura fuera devaluada con la comparación; en realidad cada innovación sigue el programa cultural económico. Es el museo, dice Groys, el que produce lo nuevo: es la cultura la que se adentra en lo profano.

5. Otros modos de deserción

Escribe Vargas Llosa que el intelectual ha sido desairado, que se ve a sí mismo sin ningún peso en la sociedad contemporánea, por lo que prefiere ahora la discreción, abstenerse del debate público. Echa balones fuera: En la civilización del espectáculo, advierte, el intelectual solo interesa si sigue el juego de moda y se vuelve un bufón.⁴² Lo mismo que percibe Ortega ochenta años antes. Pero Ortega lo toma como una penitencia, como la redención necesaria por su deserción anterior. Lo hace responsable, porque, dice, ha renunciado a predicar. Con sus consecuencias: ha sido destronado; de ser todo, dice, ha pasado a ser nada en la sociedad, ha enmudecido: se ha vuelto un *paria* y un *malhechor*.⁴³ Aunque no todas son malas: Ha descubierto, señala en «Cosmopolitismo», de 1924, el sentido de la humildad: ha comprendido que la inteligencia no debe aspirar a mandar, ni siquiera a influir y salvar a los hombres. Solo le queda retirarse a una posición más modesta para que, liberada de otras responsabilidades, la inteligencia pueda recogerse en sí misma. Volver a su papel, al que le habían dado los griegos, ese carácter inutilitario de la pura contemplación, que olvidaron tras el Renacimiento, tras su madurez, cuando la inteligencia fue sintiéndose más poderosa y quiso intervenir en la vida pública: su actividad, escribe Ortega, le pareció poco, y decidió reformar la sociedad. El intelectual sintió entonces apetito de mandar. Hasta adaptar los rasgos del juglar con el Romanticismo: creyó que el fin de la humanidad era servir como público a sus gracias, a sus polémicas.⁴⁴ La característica del intelectual fue, dice, la irresponsabilidad.⁴⁵

Pero hay muchos modos de desertar. Vargas Llosa entiende que el intelectual se siente ahora apartado. Pero podría ser también que fuera el propio intelectual el que ha decidido quedarse fuera. No por modestia, como indicaba Ortega. Sino por no querer dar más pasos, por querer quedarse con ese entorno que le parece más acogedor; por mostrarse cansado, o para investigar o para revalidar su estatus: para cumplir con su papel y para enfrentarse con cambios tan convulsos. Como si a la *paradoxa* del intelectual de Ortega le tentara ahora volverse una resistencia tediosa, sin reconocerlo. El término *revolución* aquí no parece exagerado: La edición digital (también los blogs, twitter, foros, los libros más baratos, mucho más accesibles), supone un nuevo modo de informarse y de comunicarse que ha desplazado a un ritmo vertiginoso los viejos modos de comunicación e información. El intelectual, como producto de esos viejos medios, tiene que tomar una decisión antes de que el barco se hunda. Porque ha surgido de pronto un nuevo tipo, otro personaje con el aspecto o las funciones del intelectual clásico, pero centrado en su análisis en la tecnología digital o, con un tema más general, en la sociedad del conocimiento. No quiere abarcarlo todo: solo aquello condicionado por las nuevas tecnologías; a veces engarzando su análisis, audazmente, con la filosofía posmoderna de Baudrillard, Debord, Lyotard, Zizek y otros, que le sirve para ahormar mejor sus propuestas. Mientras, el intelectual clásico parece que ha quedado un poco agazapado, en el equilibrio difícil de querer mantener su función de orientador, como decía Ortega, con su espacio privilegiado, pero sin entrar de lleno en esos temas que desconoce o teme, cada vez más arrinconado, porque cada vez es más difícil una explicación del mundo dejando fuera la tecnología digital.

⁴¹ *Ibid.*, p. 129.

⁴² Cf. Vargas Llosa (2012), pp. 44-46.

⁴³ Ortega y Gasset (2004), t. IX, pp. 631-632

⁴⁴ Ortega y Gasset (2004), t. IV, p. 230.

⁴⁵ Ortega y Gasset (2004), t. V, p. 328

Bibliografía:

- Bradbury, R. (2004): *Fahrenheit 451*, Barcelona, Random House Mondadori.
- Broncano, F. (2000): *Mundos artificiales. Filosofía del cambio tecnológico*, Barcelona, Paidós.
- Carr, *Superficiales. ¿Qué está haciendo Internet con nuestras mentes?*, Madrid, Taurus, 2011.
- Castells, M. (2001): *La galaxia Internet*, Madrid, Areté.
- Echeverría, J. (1999): *Los Señores del aire: Telépolis y el Tercer Entorno*, Barcelona, Destino.
- Eco, U. (1993) *Apocalípticos e integrados*, Barcelona, Lumen.
- Ferrari, E (2011): «Limitaciones de la metáfora de la inmersión en la comprensión de novela e Internet como espacios virtuales análogos», *Revista de Filosofía*, nº 36-2, pp. 157-178.
- González Quirós, J.L. y Gherab, K. (2006): *El templo del saber. Hacia la biblioteca digital universal*, Barcelona, Ediciones Deusto.
- Groys, B. (2005): *Sobre lo nuevo. Ensayo de una economía cultural*, Valencia, Pre-textos.
- Huxley, A. (1983): *Un mundo feliz*, Barcelona, Plaza & Janés.
- Ippolita (2010): *El lado oscuro de Internet: historia y futuro de la industria de los metadatos*, Barcelona, Virus.
- Maldonado, T. (1998): *Crítica de la razón informática*, Barcelona, Paidós.
- McLuhan, M. (1990): *La aldea global*, Barcelona, Gedisa.
- Ortega y Gasset, J. (2004): *Obras completas*, Madrid, Taurus.
- Platón (1985): *El banquete, Fedón, Fedro*, Barcelona, Labor.
- Postman, N. (1994): *Tecnópolis*, Barcelona, Círculo de Lectores.
- Said, E. (1996): *Representaciones del intelectual*, Barcelona, Paidós.
- Sartre, J. P. (1987): *Escritos políticos. El intelectual y la revolución*, Madrid, Alianza.
- Steiner, G. (2006): *Los logócratas*, Madrid, Siruela.
- Vargas Llosa, M. (2012): *La civilización del espectáculo*, Madrid, Alfaguara.
- Virilio, P. (1997): *El cibermundo, la política de lo peor*, Madrid, Cátedra.